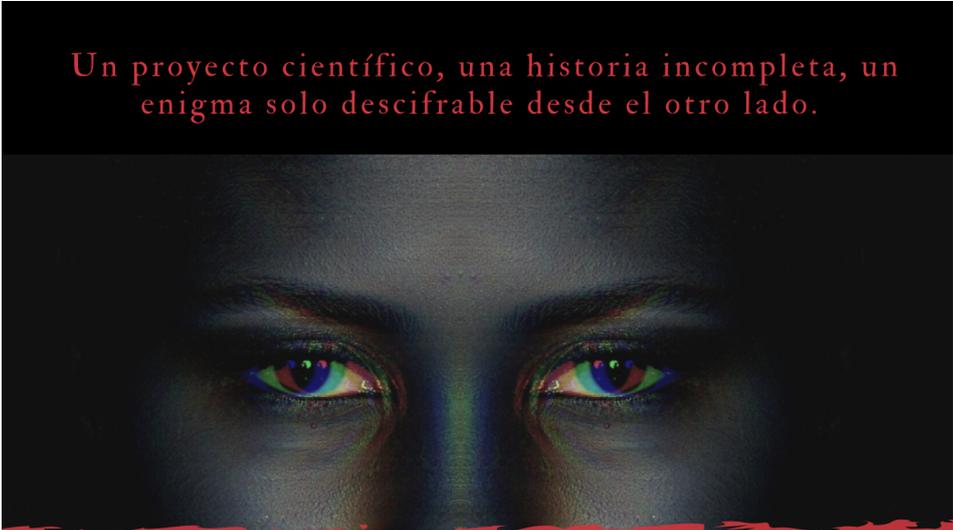


El Proyecto Hannover

Ignacio Aragonese

Un proyecto científico, una historia incompleta, un
enigma solo descifrable desde el otro lado.



El Proyecto Hannover

Una verdad que cambiaría nuestro mundo si fuese
desvelada.

IGNACIO ARAGONESES

Capítulo 1

Sala de experimentación III - Instituto de Óptica Cuántica

Universidad de Hannover, Alemania

Sábado, 1 de julio de 2017 - 7:59 am

¡Lo sé, lo sé! – pensó la profesora, hablando para sí misma y tocándose el pelo – ... *no niego que a veces me sirvas de ayuda, pero ¿en este momento? ¿En este preciso momento?... no tienes ni base, ni fundamento . Te agradezco tu insistencia y ya sé que seguirás ahí dando la lata, ilo acepto!, pero no creas que eso te da derecho a... no voy a perder mi tiempo luchando contigo, así que ahora... ¡si quieres acompáñame!* – refunfuñó mientras respiraba profundamente dominando así a ese extraño pensamiento que llevaba un rato rondando por su cabeza, martilleando su confianza, y a esa inquietante sensación que la mantenía alterada desde hacía ya algunas horas.

Estaba nerviosa, de eso no tenía la menor duda. Esa era la principal razón por la que había llegado más pronto que de costumbre, en el primer tranvía de la mañana, y con el tiempo suficiente como para poder repasar detalladamente cada uno de los pasos del experimento. Se había, literalmente, apalancado en la silla de su escritorio, con su café traído de casa, y le había dado mil vueltas a la maraña de datos y ecuaciones que llenaban la pila de papeles de la mesa de su despacho. Pero más que tranquilidad, que era lo que iba buscando, había conseguido alimentar una incipiente ansiedad que parecía ir creciendo con el paso de los minutos. El miedo había hecho presencia con más fuerza que nunca y ella se había defendido como mejor sabía: dejándolo estar y aceptando su impertinente compañía.

Ya habían pasado un par de semanas desde que notó aquel dolor de cabeza, durante uno de los ensayos, fue tan intenso que hasta se retorció en medio del laboratorio, frente a la atenta mirada del resto de científicos que palidecieron ante el grito que salió por su boca. Desde entonces tenía esa extraña sensación de que algo totalmente inesperado estaba esperando, a escondidas, tras este nuevo experimento al que ahora le quedaban pocos segundos para comenzar. Pero al pensar en su verdadero propósito, todo ese temor y esa ansiedad se desvanecían como un castillo de naipes y solo quedaba su convencimiento, su objetivo último al que

había dedicado toda una vida.

La profesora volvió a mirar al reloj de pared, cogió su taza de café, amagando un sorbo que se dio de bruceos con los posos del destino, y trató de controlar esa aprensión que seguía confabulando con cada detalle de aquella sala: el segundero, firme y despiadado, marcaba el ritmo a las incontables motas de polvo que danzaban frente a ella; el minuterero, obstinado y paciente, recorría lentamente los escasos milímetros de un espacio-tiempo que se agotaba; y los exasperantes e inesperados reflejos, que surgían de los cantos plateados del reloj de tienda china - el único fluorescente de la sala parecía estar pasando a mejor vida en este preciso instante - impregnaban de misterio todo lo que sucedía dentro de aquella sala.

También podía escuchar el runrún de los autobuses, llegando a la entrada principal de la universidad y el murmullo de los cientos de niños que se arremolinaban en sus aledaños, recordándole aquel maldito día que lo cambió todo y dejando un halo de inquietud que ahora arrastraba como un yugo sobre su espalda.

- *¡Aquí soy yo quien toma las decisiones!* - volvió a pensar tras los miles de pensamientos que volvían a alimentar su nerviosismo.

Si alguno de los periodistas, esos que muchas veces la acosaban a preguntas sobre el proyecto en la gran sala de conferencias de la universidad, le hubieran preguntado en este mismo instante que cómo se sentía, habría contestado, con su natural elocuencia, nombrando alguna de las famosas e inanimadas piezas de arte moderno del museo Sprengel: observada, juzgada, incomprendida y admirada por igual. Al fin y al cabo, la presión era parte de su trabajo y tenía dos opciones: seguir adelante y conseguir ese objetivo que la había obsesionado durante tantos años o dejarlo todo por un presentimiento que le había atacado donde solo atacan los cobardes; justo antes de comenzar el espectáculo.

El tiempo, que poco sabe de sentimientos y de miedos, menos de presentimientos, tocó a su fin. La cuenta atrás estaba a punto de comenzar.

<>Diez, ...

... nueve, ...

... ocho, ...

El botón de encendido de la máquina le recordó ahora a la llave de accionamiento de un arma nuclear a punto de ser lanzada. Sus manos

comenzaron a sudar.

... *siete*, ...

... *seis*, ...

... *cinco* ...

Se irguió en su sitio, buscando una posición más firme, más segura, preparándose para no mostrar debilidad. Cuando pillara al encargado del mantenimiento le diría cuatro cosas ¡Eso seguro!

- Comenzando en cuatro, ... - dijo levantando la tapa de seguridad transparente que protegía el mando de activación.

- ...tres, ...

- ...dos, ...

Los científicos la observaban inmóviles, estáticos, impasibles, bajo la intermitente luz del fluorescente, como si todo estuviera bajo control, como si no hubiera nada de lo que preocuparse. Mientras, la profesora luchaba por tranquilizar a ese ruidoso ingrato que seguía advirtiéndole de un peligro inminente.

- ..., iniciando – dijo cerrando los ojos por un instante; el suficiente para imaginar que se santiguaba, mentalmente, aun sin querer hacerlo.

Las voces de los niños se mezclaron con el murmullo en la sala recordándole que quizás ya nada volvería a ser lo mismo a partir de ese día; quizás ni ella volvería a ser la misma.

Ya no había vuelta atrás, la decisión estaba tomada y, sucediera lo que sucediese, tendría que lidiar con las consecuencias.

EI DÍA DE LA CIENCIA

1

Aquella mañana sorprendió a todos con un radiante sol que iluminaba la imponente fachada principal de la Universidad *Gottfried Wilhelm Leibniz* en Hannover. Los haces de luz jugaban a recordar la elegante impronta del antiguo castillo de la nobleza alemana, convertido ahora en lugar de conocimiento y estudio.

Sus cinco torres parecían más blancas y altas que de costumbre elevándose magnánimas a los costados y al frente de la entrada principal, engalanada ahora para la ocasión. Y entre el sinfín de ventanas que recorrían el frontal y las tres plantas del edificio principal - como las olas del mar en movimiento perpetuo -, florecían banderas y estandartes, recordando un pasado glorioso que ahora representaba los mejores días de la ciencia.

Se habían instalado carteles en las cuatro columnas que separaban los tres grandes pórticos de entrada, con fotografías de algunos de los más famosos científicos. Dos banderas con el emblema de la universidad y de la ciudad de Hannover, presidían ambas esquinas de la terraza en la que también se había dispuesto una pancarta - en la balaustrada - con el reputado lema: "*Mit wissen zukunft gestalten*" (*Dando forma al futuro con conocimiento*). Y hasta los leones de bronce, que guardaban la entrada principal, habían sido ataviados con batas blancas para la ocasión, contemplando de esa guisa al visitante que decidía acceder al edificio y protegiendo los conocimientos de una de las más prestigiosas universidades científicas de la Baja Sajonia.

Una hilera de autobuses, que entraban y salían, llenaban de color la explanada de acceso a la universidad y a escasos metros de esta, el tranvía - que llegaba como siempre puntual cada 15 minutos -, descargaba a un buen número de visitantes, que poco a poco iban cubriendo el césped donde el famoso caballo de bronce, el corcel sajón rampante - símbolo inequívoco de estas tierras germanas -, volvía a ser el primer agasajado por las cámaras de fotos y de los móviles; con la magnífica fachada de la universidad sirviendo de fondo a su eterna pose de manos.

Todo había sido calculado milimétricamente para la ocasión haciendo honor a la costumbre y al buen nombre de quien levantó aquí los cimientos del desarrollo tecnológico. Los visitantes descubrirían el edificio principal, la importantísima biblioteca técnica, la famosa sala de ponencias y pasearían finalmente por el extenso jardín *Welfengarten* donde, a última hora del día, se abrirían los puestos de comida y algunas casetas con interesantes experimentos que harían las delicias de pequeños y mayores. Y para hacer mucho más completa e interesante la jornada, se llevaría a cabo el gran experimento, en los laboratorios del Instituto de Óptica Cuántica, completando uno de sus más esperados momentos y sirviendo como guinda y reclamo para una concurrida feria, que probablemente superaría todas las expectativas.

Y es que hoy hasta el normalmente huidizo astro se había ofrecido de telonero.

El Día de la Ciencia lo sería más que nunca.

2

- ¡Seguidme todos! ¡Por aquí! – dijo Hildrun alzando la voz y abriéndose paso entre los cientos de niños que ya se agolpaban en el gran vestíbulo de entrada a la universidad.

Hildrun Müller, profesora de química de la universidad y guía por un día, entraba por la puerta principal junto a los niños de la escuela internacional de Hamburgo. Iba vestida con una bata blanca con su nombre grabado en la solapa, justo por debajo de la larga melena negra con mechuras moradas que caía hacia el frente y la espalda de su delgado y menudo cuerpo. Bajo su bata se adivinaba una camisa oscura, casi negra, y unos pantalones vaqueros que se dejaban ver escasamente por encima de sus zapatillas; también oscuras. Hoy era un día para estar cómoda y como no podía ser de otra manera había dado licencia a sus tradicionales botines negros.

Los niños la seguían encolados unos a otros para no perderse entre la muchedumbre que ya llenaba el vestíbulo de entrada de la universidad y se movían como si fueran una marea azul, – con esas camisetas especialmente creadas para la ocasión, en las que se podía leer en letras grandes y blancas: “La ciencia es Futuro”-, creando un serpenteante efecto digno de ser retratado desde las alturas.

- ¡A ver qué tal! – se dijo Hildrun en voz baja mientras echaba un vistazo hacia atrás, cerciorándose de que todos la seguían.

Finalmente se detuvieron en la parte derecha del vestíbulo junto a una barandilla; la de la escalera de bajada a la planta de la cafetería. Hildrun se apoyó en el frío metal esperando a que los niños llegaran junto a ella y aprovechó esos instantes para admirar el grandioso y brillante espacio como si lo hiciera por primera vez, recordando su primer día como alumna de ciencias químicas en aquel último año del milenio, en el que comenzó sus estudios en la universidad a la que tanto le debía. Los niños también se giraron para poder disfrutar del engalanado vestíbulo de entrada de la Universidad de Hannover.

Las cuatro paredes, blancas como la cal, eran recorridas por innumerables arcos que adornaban los corredores de las dos plantas del antiguo patio interior de la fortaleza que había dejado de lado su antigua función de otra época para convertirse en cobijo del grandioso vestíbulo de entrada y zona de eventos de la universidad. Al fondo, sobre el escenario que formaba un elevado suelo de mármol negro y la cortina oscura que cubría parte de la pared anterior del corredor de la planta baja del edificio,

nacían dos elegantes escaleras de mármol blanco que sorprendían a cualquier visitante que accedía a la universidad por la entrada principal. Doce columnas, seis a cada lado del cuadrangular espacio - tres veces finas, blancas y tan altas como las dos plantas que se cobijaban entre aquellos muros -, soportaban la estructura metálica sobre la que se levantaba una cubierta de cristal opaco que cubría el cielo azul que hoy se extendía por toda la región de la Baja Sajonia. El formidable espacio había sido techado con más de cien paneles metálicos, cada uno de ellos dividido en formas que recordaban a un enorme panal de abejas.

Y entre tanta algarabía de luz, murmullo y expresión artística, y escondido bajo los pies de la multitud que ya se agolpaba en el vestíbulo de la universidad, se encadenaban, con líneas negras y mármoles rotos, las imaginarias sombras de unas cuadradas formas de hierro que, rompiendo la formación del panal de abeja sobre sus cabezas, servían de soporte a las largas telas en las que se podían ver las fotografías de los científicos más importantes de la universidad ondulando como si estuvieran saludando a los cientos de visitantes que se agrupaban a sus pies. Rompiendo así la uniformidad de una estructura que había sido ideada para cubrir y decorar aquel espacio y que hoy servía de antesala al conocimiento y a los misterios de la ciencia.

- ¡Chicos, chicas!, ¿me escucháis todos? – dijo Hildrun esperando a que los niños volvieran la mirada tras aquel momento de contemplación - Os voy a contar un poco la historia de esta universidad, así que tenéis que estar atentos ¿De acuerdo?

Los niños se fueron agrupando poco a poco y cuando Hildrun estuvo satisfecha comenzó con la charla.

- El edificio en el que nos encontramos pertenece a una de las universidades más importantes de toda Europa – dijo Hildrun moviendo una de sus manos de un lado a otro - Fue fundada en el año 1831 y es una de las universidades de ciencia y tecnología más grandes y antiguas de toda Alemania. Este año, además de la ya tradicional fiesta de la ciencia, celebramos los ciento diez años del nacimiento del ilustre profesor Johannes Hans Daniel Jensen, premio nobel en 1963 y que dio su vida al estudio de la física... lo podéis ver en la foto de la izquierda... – dijo señalando una de las largas telas que colgaban desde el techo - ...además, se celebran los diez años del Premio Nobel de Química otorgado al químico Gerhard Ertl, que aparece en aquella fotografía durante la recogida del importantísimo premio en Suecia. También tenemos a otro premio nobel de química en Friedrich Bergius...– dijo señalando una de las fotos y mirando de reojo a los niños para ver si realmente seguían sus palabras - ...así que, como veis, la universidad está muy bien surtida de talento y no me cabe duda... – dijo mirando ahora fijamente a los niños - ...de que algún día alguno de vosotros estará realizando experimentos en estos laboratorios, ¿verdad? – preguntó con su mejor sonrisa, intentando atraer

la atención de los pequeños a los que ya estaba perdiendo por momentos.

Los niños que estaban al frente sonrieron ante la afirmación de Hildrun, pero los que estaban más retirados, mezclados con otros grupos que se arremolinaban por todos lados, comenzaban a cuchichear, imitando a otros niños que ya habían perdido el interés sobre la historia del edificio y sobre sus famosas personalidades.

Hildrun Müller no pudo evitarlo, comenzó a ponerse muy nerviosa.

3

Sala de experimentación III

Unos minutos después de las 8:00am

La máquina despertó de su letargo haciendo ese ruido que a la profesora siempre le recordaba a su mejor momento del día: su primer café de la mañana. Los más de doscientos kilos de metal, se elevaban hasta el techo de la sala, ocupando una perfecta circunferencia de un metro de diámetro en el centro del pequeño habitáculo. Sus cinco módulos, uno más grande, en el centro, y otros cuatro - dos arriba y dos abajo - la mitad exacta del central, completaban la gran máquina, que, a ojos de cualquier visitante - iletrado en su funcionamiento -, tendría el aspecto de un gran tótem de la ciencia, dispuesto en aquel lugar para algún extraño conjuro esotérico que conectara con el más allá.

Para la profesora era su criatura, su creación, el trabajo de muchos años de esfuerzo y de persecución de un objetivo que la obsesionaba intensamente. Un sueño que comenzó a fraguarse cuando ella era todavía muy pequeña, en aquella tarde de invierno en la que escuchó su voz por última vez.

Fue justo dos días antes del cumpleaños de su amiga Agnieszka; nunca se olvidaba de ese día porque era el primero del año, cuando el frío todavía apretaba los dientes en las mañanas de colegio. Ese día comenzó como cualquier otro, ninguna sensación especial que tuviera que recordar: el mismo sueño antes de levantarse de la cama, las mismas vueltas entre las sábanas - remoloneando para no salir de único sitio caliente de la casa a esas horas - y la misma sorpresa al lavarse la cara con el agua fría de la palangana que su madre le había calentado ya hacía un buen rato; en

aquella casa de campo todavía no estaba instalada el agua caliente.

Después del desayuno su madre le ayudó a vestirse y a coger la pesada mochila con los libros del colegio, en la que llevaba todo lo necesario y un poco más; nunca llegó a entender como los niños de aquella época no terminaron con las espaldas dobladas por el peso del conocimiento. Pero, si recordaba algo con claridad, algo más frío que el propio hielo que llenaba las cunetas del camino en aquellos días, era la actitud de su madre: estuvo callada durante el desayuno, y no dijo nada durante el camino al colegio, ni siquiera cuando ella le preguntó por él después de pasar por la puerta de la vaquería y hasta casi se olvida de darle el beso de siempre cuando la dejó cerca de la puerta lateral de entrada al patio del colegio, como si tuviera la mente puesta en otro sitio. Ese día no se acercó a la entrada principal, como de costumbre, quizás por no ver a las madres de los otros niños que se arremolinaban cuchicheando, como siempre, y muy probablemente para evitar preguntas indiscretas o juicios gratuitos de unas vecinas sedientas de historias ajenas. Lo que sí olvidó fue el Racuchy, raro en ella, pues sabía que era su postre favorito y la abuela se lo había preparado, con mucho cariño, el día anterior, pero con el paso del tiempo había logrado entender que su madre tendría la mente en otro lugar. En aquella apática y gélida fiambarrera de metal solo encontró unos espagueti, con algo de salsa de tomate, y dentro de la bolsa de tela ocre: un plátano y unas galletas de postre.

Durante las clases, en el colegio, tampoco sucedió nada especial. La mañana transcurrió como otra cualquiera. El hijo del vaquero fue expulsado de nuevo de la clase de matemáticas por tirar bolas de papel al niño que se sentaba frente a él, la hija del panadero fue la primera en contestar a todas las preguntas del profesor, sin excepción, y el chico de gafas, del que no se acordaba de su nombre - siempre le llamaban Charlie por esos ojos pequeños y pegados a la nariz que tanto recordaban al amigo de Mafalda -, pasó el día dibujando, pero sin hacer el menor caso a las explicaciones.

El día estuvo nublado, al menos durante toda la mañana, lo recordaba porque en la clase hacía frío hasta con la chaqueta puesta y cuando salía el sol en aquellas mañanas de invierno - si es que salía, ¡claro! -, podía notar como calentaba su pupitre de madera, cercano a la ventana, haciéndole sentir una especial sensación de deleite, como si su padre la estuviera cogiendo entre sus brazos, junto a la chimenea, en una de esas noches gélidas de invierno. También recordaba cierto dolor de estómago, pero no tenía muy claro si fue por la comida o porque ya barruntaba el desenlace de aquel maldito día.

No fue hasta llegar la tarde, al salir del colegio, y casi llegando a la esquina del cuartel de la Policía, la policía del pueblo. Iban, Agnieska y ella, bajando la cuesta, hablando sobre las miles de cosas que iban a preparar para su cumpleaños: que si juegos para las niñas, que si una

piñata que prepararía su abuelo – debió aprenderlo en algún viaje cuando formaba parte de la marina -, globos, una tarta que su madre iba a preparar y otras cosas que ya no recordaba con detalle. Y mientras caminaban, en la estrecha callejuela de muros de piedra, entre el murmullo de las voces de los niños y los escasos rayos de sol que ya casi se escondía por detrás de la montaña, - dibujando alargadas figuras que jugaban con los charcos del deshielo -, fue en ese preciso instante, el mismo en el que Agnieska le contaba algo sobre las guirnaldas que estaba preparando con papeles de colores, cuando notó como si un rayo sacudiera su pequeño cuerpo. Sintió un fuerte pinchazo en la sien y todo quedó en silencio, oscuro, vacío y de repente miles de voces se unieron en una para hacerle llegar un último aliento, un último mensaje. Aquel fue el último momento en el que escuchó su voz, llamándola con aquel apodo que él había inventado para ella. Al reanimarse, tumbada en el frío y húmedo suelo de tierra, supo que algo terrible acababa de suceder.

"Está bien, pronto estará en casa cariño", le repetía su madre durante las últimas semanas siempre que ella preguntaba por él. Bueno, puede ser que fueran días, el tiempo para los niños siempre tiene un ritmo diferente.

Por aquel entonces ella era demasiado pequeña como para percatarse de algunos detalles, pero no tanto como para no percibir que en aquel silencio se iba cocinando a fuego lento una tragedia. Con el tiempo, ese que dicen que lo cura todo, entendió que su madre la protegía, dejándola durante aquellos fríos y oscuros días de invierno junto a su abuela, siempre con la excusa de que había ido a verle y que le mandaba muchos besos a su niña. Todo fueron mentiras, piadosas, eso sí. Mentiras que muy probablemente buscaban evitar un trauma a una niña demasiado pequeña y que solamente sirvieron para alimentar un rencor que solo Dios sabía lo que le había costado quitarse de encima. Lo hubiese dado todo por haberle dicho lo que le quería, aunque le hubiera visto lleno de tubos o con todas las vías del mundo enganchadas a su cuerpo. Hubiera preferido eso, unos últimos minutos a su lado, antes que aquella triste despedida a un cuerpo gélido, empalidecido y cadavérico.

Aquella noche, después de ir a casa de la abuela a por la merienda y a cambiarse la ropa todavía húmeda del incidente en la callejuela –ni tan siquiera se atrevió a mencionarle lo que había sentido cuando perdió el conocimiento - se dirigieron a casa, como todas las noches. Su abuela, probablemente para ir preparándola, se lo contó de camino para que fuera digiriendo poco a poco la desdicha; aunque ella ya lo había sentido aquella misma tarde, cuando bajaba por la callejuela de detrás de la iglesia, después de salir del colegio.

Al llegar, su madre ya lo tenía todo preparado.

No pudo entrar a verle, no quiso pasar a aquel cuarto donde su madre había parado los relojes, encendido unas velas y alineado unas cuantas sillas para que los familiares y amigos pudieran despedirle mientras entraban y salían en dirección a la cocina; donde había comida y bebida para amenizar el mal trago. Fueron tres días, los más difíciles de su, por entonces, corta existencia. No salió de su cuarto para nada. Los familiares y amigos llamaban con cuidado a la puerta, pero ella se resistía a salir de su refugio. Su madre insistió, sin forzarla; "a buenas horas", repetía ella una y otra vez en silencio, negando con su pequeña cabeza.

Lloró hasta no tener lágrimas.

No estaba preparada, no quería estarlo, no se merecía esa despedida, tenía mucho miedo, miedo a perderle, pero también a sentirse indefensa en este mundo incierto, a no saber cómo salir adelante sin él. No era justo, no podía serlo.

El último día lo pasó contemplando el reloj de su cuarto, viendo pasar las horas, y escuchando el retumbar de los zapatos de tacón que entraban y salían de la casa, y sabiendo que en alguno de esos pasos también saldría él, pero con los pies por delante. Y no fue casi hasta bien entrada la tarde que se armó de valor. Mirando el reloj de colores que le regaló su tía recordó el susurro que la asaltó en aquella calle, aquellas imágenes que brotaron en su mente, la sensación de vacío, las voces de los niños a su alrededor que enmudecieron de repente y entonces comprendió que había sido él, despidiéndose, diciendo adiós antes de partir a otro lugar; no podía ser de otro modo.

Cuando salió corriendo de la habitación ya lo habían sacado de la cama. Corrió hacia la puerta de entrada, desesperada, y allí estaba, en aquella caja de madera de pino, en la parte trasera de un furgón Żuk - que todavía tenía la marca de la antigua estrella roja bolchevique que lo adornó no hace tantos años - inmóvil y recibiendo los salmos del sacerdote, que permanecía de pie recitando bajo la fría llovizna de aguanieve.

- "... ayuda a su esposa a sobrellevar esta durísima prueba de vida y dale a su hija la fortaleza y la serenidad que necesita. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén - dijo el sacerdote rociando unas gotas de agua bendita con un hisopo plateado.

Aquella imagen se quedó grabada a fuego en su mente: la palidez del demacrado rostro, el traje negro con el que partía al otro mundo, la apática lluvia que parecía acompañar las lágrimas de los pocos vecinos presentes, los lamentos de su madre y su abuela, y el sacerdote del pueblo, con su sotana oscura, rociando el inerte cuerpo con aquellas gotas santificadas, justo antes de que un hombre - también vestido de negro - pusiera la tapa al ataúd y, con unos precisos martillazos, sellara aquel

arca donde permanecería encerrado para siempre...

- "Markus Penz, no podía ser otro" – pensó la profesora mirando como el científico entraba sonriente en la sala de experimentación, dejando que la puerta se cerrara de un sonoro portazo.

El golpe la sacó de sopetón de aquella evocación del pasado, volviendo al parpadeo de las luces, a las voces de los niños a lo lejos, al runrún de los autobuses, en definitiva, a su estado de inquietud que no parecía dispuesto a perderse aquel momento tan extraordinario.

- ¡Si al menos se quedara quieto de una maldita vez! – masculló la profesora notando el ir y venir del fluorescente de la sala, que continuaba su errante letanía.

4

- ¡Cómo molan! – dijo uno de los niños que cuchicheaban junto al grupo de Hildrun Müller.

- ¿Has visto? Y tienen luces de colores, ¿ves? – dijo Ula moviendo sus pies.

Ula, una de las niñas de la Escuela Internacional de Hamburgo, estaba colocada el final del grupo y se movía, haciendo que las luces de sus zapatillas cambiaran de color con cada uno de sus pasos de *majorette*. Ula había escuchado a Hildrun durante los primeros instantes, pero se había despistado al levantar la mirada hacia una de las imágenes que colgaban del techo - un pájaro debió colarse por algún ventanuco de la parte superior del edificio - y Ula no pudo evitarlo, se quedó perdida en aquel aleteo, mientras movía sus pequeños pies activando las luces de sus recién estrenadas zapatillas.

- ¡Sí, molan un montón! -contestó el niño en voz baja.

- Son bonitas, ¿a que sí? – respondió Ula - Es mi regalo de cumpleaños ¿sabes?

El niño, que permanecía atento a los pasos de Ula devolvió la mirada con una media sonrisa que cortó rápidamente, volviendo el rostro hacia su

grupo como si algo le hubiera advertido de un peligro inminente.

- ¡Estad atentos! -gritó Hildrun con medio cuerpo subido a la barandilla de las escaleras de bajada a la cafetería de la universidad.

La primera parada no había finalizado e Hildrun ya lo tenía claro: si seguía con el itinerario establecido para la visita iba a terminar con los nervios de punta. No tenía la paciencia necesaria; los niños no eran lo suyo, lo tenía más que comprobado. Una certeza que se había acentuado desde que su hermana le pedía, de vez en cuando, que se quedara alguna tarde con sus sobrinos. No eran muchas veces, solo en fines de semana, pero las pocas que se había quedado con ellos volvía a casa como si le hubiera pasado un tren por encima, con los nervios de punta y sin saber que hacer para contener esas ansias de probarlo todo, de coger las cosas o de hacer todo lo que estaba prohibido. Así que poco a poco o, mejor dicho, de sopetón, había llegado a la conclusión, - añadiendo algunos tecnicismos de su profesión - que ella y los niños eran como dos líquidos inmiscibles: como el agua y el aceite; mejor dejarlos separados, cada uno por su lado. Pero, aun sabiéndolo, había vuelto a caer de nuevo en el mismo error, aunque esta vez el error era justificado; o eso quería pensar mientras trataba de entender cómo salir de aquella situación que tanto le incomodaba.

No es que no hubiera sido advertida de la edad de los visitantes, que imaginó sería de pocos dígitos - a decir verdad, de un dígito -, pero con tal de quedar bien con el director no le había quedado más remedio que aceptar el requerimiento y mucho más en un día tan importante. Cómo le iba a decir que no a su jefe, después de haberla prometido aumentar el gasto en recursos para su laboratorio de química. Una encerrona que ahora comenzaba a sufrir en sus carnes. Debió quedarse en casa, disfrutando de un soleado fin de semana, jugando con su gatito persa y desayunando en la terraza, o viendo algún programa de risa de los de la mañana con el pijama de ovejas del Primark - plan perfecto -, pero en lugar de eso allí estaba, con aquellas pequeñas fieras y sin saber cómo lidiar con el resto del tortuoso recorrido que todavía tenía por delante.

Hildrun bajó el pie de la barandilla, observando de reojo como Ula volvía a lo suyo - haciendo ese movimiento casi militar, levantando sus piernas y pisando con fuerza para que las luces cambiaran de color con cada uno de sus pasos mientras miraba el techo del vestíbulo - y, casi como si no la hubiera visto, continuó con la charla; eso sí, cortando algunos detalles " *sin importancia*" como: los cambios que vivió la universidad durante la Segunda Guerra Mundial, las historias de algunos de los más importantes personajes que pasaron por el rectorado o la anecdótica cifra de los veinticinco mil alumnos a la que llegó la universidad hacía tan solo algunos meses. Y fue mientras explicaba cómo durante el siglo XX se incluyeron las Facultades de Arte y Humanidades, cuando de repente lo tuvo claro, algo que no hubiera sido capaz de entender en otro momento: los niños estaban pidiendo a gritos una historia de verdad, una de esas

que alimentan la fantasía y la incansable creatividad encerrada dentro de sus pequeñas mentes. En ese preciso momento supo dónde podría encontrarlo, aunque eso requiriera saltarse algunas normas.

Una penalización verbal, una pequeña reunión con la directiva donde pasaría un mal rato - algo que había experimentado en alguna ocasión -, la anulación de cualquier subvención ya acordada para su departamento - algo que desde luego no querría que sucediera - o quizás alguna excusa bien desarrollada podría ser suficiente en el caso de que alguien pudiera verla. Esos y algunos más fueron los posibles desenlaces que Hildrun imaginó en tan solo unos segundos, como si estuviera llevando a cabo un análisis de distintos escenarios para alguno de sus experimentos. Pero si algo definía a Hildrun Müller era su capacidad para tomar decisiones arriesgadas, no era de esas personas que se achantan fácilmente. Su espíritu rebelde, el que siempre le había llevado a vestir distinto al resto, a pensar distinto, a actuar según su propio credo, el mismo que le había llevado a conseguir cosas impensables para otros, ahora le empujaba como una brisa de aire fresco en la mañana, hacia la aventura, hacia lo desconocido; o quizás hacia el abismo, pero esa sensación era todo lo que necesitaba para sentirse viva y hoy era el día perfecto para poder ofrecer una de esas historias inolvidables. No una historia llena de datos y números que los niños no recordarían después de salir de aquel edificio, sino una de verdad, llena de misterios, de fascinantes experimentos y de secretos que todavía esperaban a ser descubiertos.

- *¡Qué demonios!* - pensó mirando a su alrededor como el que deja de buscar el consentimiento ajeno para pasar a la acción.

El barullo en el vestíbulo de entrada aumentaba por momentos, las voces de los guías se mezclaban con los susurros de algunos inquietos niños que buscaban entretenimiento ante el metodismo docente y la seriedad canónica de la charla. Y ante tal escena Hildrun comprendió que aquel era el momento y el lugar perfecto, se dejó guiar por su corazón, como si el mismo universo le dijera que estaba haciendo lo correcto.

- ¡Seguidme por aquí! - dijo Hildrun deteniéndose en un punto indeterminado de la charla.

Los niños la siguieron, agarrados unos a otros para no perderse entre la marabunta de gente que ya llenaba el vestíbulo de entrada a la universidad, deslizándose como anguilas entre las rocas, y saliendo del vestíbulo sigilosamente. Hildrun fue la última en salir cerrando la puerta de cristal, la misma que les daba acceso a los laboratorios del ala derecha de la universidad.

Tal y como Hildrun había imaginado nadie se percató de su partida.

5

Sala de experimentación III

8:10 am

Una luz verde iluminó el rostro de la profesora, que por primera vez se atrevió a sonreír tímidamente. El piloto de encendido marcaba el fin de la primera parte del experimento y todo parecía estar saliendo según estaba previsto.

- ¡Ya queda menos! – balbuceó ninguneando al presentimiento que por un instante le había hecho hasta dudar de su único propósito en la vida.

La profesora levantó la vista afirmando levemente con su cabeza como si buscara aprobación en los presentes, respetando así los tiempos del proceso y el esfuerzo de todos que, aunque no participaran en aquel momento crucial, habían sido los artífices de cada una de las ideas y mejoras que se habían ido consolidando en el experimento. Revisó rápidamente los datos que surgían frente a ella: el vacío absoluto en módulo central – donde el giroscopio estaría levitando entre los dos imanes de neodimio en la más perfecta oscuridad -, los amortiguadores del ruido exterior, alineados perfectamente entre los generadores de ondas, y el receptor de vibraciones de silicio en los módulos superiores, preparado para recibir cualquier variación de onda por pequeña que esta fuera. Comprobó también la conexión de su ordenador portátil con el módulo de computación de datos de la máquina, lista para procesar los millones de bits que esperaba recibir y enviar vertiginosamente en aquella mañana. Finalmente, y sintiendo ese ahogo que todavía sentía muy presente en su pecho, miró hacia el techo de la sala, como si él también estuviera allí, mirando desde algún lugar, acompañándola en su camino y esperando a cogerla entre sus brazos.

- *¡Allá vamos!* – pensó con la nítida imagen de aquel joven y elegante muchacho de pelo rubio y ojos claros que siempre le sonreía y la levantaba en volandas al volver del trabajo.

Markus, que seguía sin encontrar su sitio entre el resto de los científicos, cruzó la pequeña sala, con su cámara de fotos Hasselblad, - el mejor momento para pavonearse con aquel artilugio que seguramente le habría costado lo mismo que un coche de segunda mano -, y, mientras la profesora comenzaba la descarga, comenzó a esbozar el ángulo correcto para retratar al grupo y a la enorme máquina que protagonizaba aquella

magnífica estampa.

Habían sido muchos años de esfuerzo, muchas luchas entre los compañeros del proyecto, muchos reportes que justificaran las subvenciones que habían llegado con cuenta gotas y muchos días de desánimo al no obtener nada significativo que mantuviera la motivación a niveles aceptables. Y hoy, por fin, todos estaban convencidos de que había llegado el gran día, ese que podría cambiarlo todo, ese que podría dar a la humanidad una nueva forma de entender el universo.

No podía haber un mejor día para celebrarlo.

- Las llevaremos a la ceremonia, cuando recibamos el Premio Nobel en Estocolmo – dijo Markus en voz baja, mientras se preparaba, mirando por el objetivo de la cámara a sus compañeros y compañeras de proyecto.

Un segundo pitido, esta vez algo más corto, dio el pistoletazo de salida. La profesora respiró hondo. La descarga había comenzado, y ahora, al contrario que en el resto de la mañana, aquellos últimos segundos parecieron tornarse en eternidad.

Markus continuaba con su sesión de fotografía mimetizando sus disparos con el fluorescente, que continuaba con su irritante parpadeo. Los científicos atendían a sus demandas sonriendo a la cámara, estáticos para aquella imagen que quedaría para la posteridad. Y la profesora, absorta como estaba en aquella cuenta atrás que parecía no avanzar, comenzó a sentir como su cuerpo se deslizaba levemente bajo la mesa, perdiendo la estática rigidez que había mantenido hasta hacía unos momentos y agradeciendo que, aunque fuera por un momento, la mirada de los asistentes estuviera dirigida hacia otro lugar que no fuera su persona.

- ¡Ya casi estamos!, ¿ves?, no ha sido para tanto – susurró la profesora en voz baja viendo como la descarga alcanzaba el setenta y cinco por ciento - ¡Solo un poco más! – bisbiseó mirando de reojo hacia los científicos que seguían pendientes de la sesión fotográfica.

La profesora no pudo evitarlo, se giró antes de ver completada la secuencia de la descarga esperando la instantánea, como el resto de sus compañeros

- El momento perfecto - pensó esperando a que Markus lo inmortalizara.

Mantuvo la pose, con una sonrisa todavía algo forzada, mirando al fotógrafo inesperado que seguía en aquella esquina, estático, como el resto de los científicos. El fluorescente continuaba con su parpadeo infinito, como si formara parte de la escenografía de la incertidumbre, y el

tiempo seguía a lo suyo, cachazudo.

El Flash la cegó por completo justo en el mismo instante en el que el ordenador indicó el final de la descarga. La sala quedó totalmente en silencio, las voces de los niños volvieron a llenar cada rincón de aquel lugar y el presentimiento volvió a hacerse presente, como si hubiera estado esperando escondido entre los matorrales para atacar en el momento preciso.

La profesora se frotó los ojos, recuperando poco a poco la visión, y al calibrar de nuevo su enfoque pudo ver a Markus, inalterable, en la esquina de la sala, concentrado en inmortalizar el momento. Sobre él, en la pared de la sala, congelado como si hubiera terminado su vida útil, pudo ver el plateado reloj marcando las ocho y veintidós de la mañana, los mismos veintidós minutos que había tardado en completar el experimento en muchas otras ocasiones y testeos, y que ahora habían quedado impresos en la estática silueta de un reloj que parecía haber sucumbido ante la presión del momento. Y qué decir del fluorescente, que tanto había incordiado; por fin parecía haberse detenido, ganando la batalla a su tartamudeo infinito, quedando sereno, en silencio. Y al otro lado de la sala pudo ver a los científicos que permanecían inmóviles, como si hubieran quedado congelados en una fotografía atemporal, en una imagen eterna. Lo único activo, además de ella, parecía ser la máquina, en la que comenzó a vislumbrar una centelleante luz que brotaba del módulo central.

- ¿Qué demonios está pasando? – dijo al darse cuenta de que nada de eso estaba previsto.

No tuvo que esperar mucho tiempo para descubrirlo. Como aquel día, cuando bajaba la cuesta del colegio junto a su amiga Agnieszka, sintió un fuerte dolor de cabeza y todo se volvió oscuridad.

6

Ernesto Klein, el vigilante de seguridad de la universidad, salía del cuarto de la limpieza del pasillo de los laboratorios, vestido con su uniforme de chaqueta gris y pantalones oscuros algo apretados; un trabajo tan sedentario y tranquilo como el suyo le estaba haciendo coger algunos kilos de más. Había estado buscando algunos trapos para limpiar la garita de la entrada - donde hacía las veces de atención al turista y vigilancia -, algo que le había sido encomendado hacía ya algunos días, pero como siempre lo había dejado hasta el último momento y claro, ya no quedaban trapos de limpieza en la zona asignada para su área.

Ernesto salía del pequeño cuarto, de espaldas, con los trapos en una mano - bajo la que llevaba el bote de espray -, un manojo de llaves en la otra, y los cascos de música, grandes y blancos, en los que escuchaba a su grupo favorito.

- "Du, du hast, du hast mich, du hast mich gefragt..." – cantaba en alemán siguiendo la canción de Rammstein mientras movía la cabeza levemente hacia delante y atrás.

Ernesto entornó la puerta del cuarto con una de sus piernas, mientras trataba de mantener el equilibrio para que los trapos no acabaran en el suelo, cuando notó la presencia de alguien en el pasillo.

- ¿Qué están haciendo...? – preguntó quitándose rápidamente los auriculares y permitiendo que algunos trapos cayeran al suelo por el brusco movimiento.

Ernesto Klein llevaba poco tiempo trabajando en la universidad y ya se había hecho con una fama que le seguía por los pasillos. Era bastante serio, su trabajo lo demandaba, y el gesto en su rostro era difícil de cambiar, siempre parecía estar concentrado en su ocupación; quizás era algo tímido, algo que nadie sabía ciertamente, y que tampoco habían tenido el coraje de comprobar. Su corpulencia y aquellos tatuajes que decoraban su cuerpo por debajo del uniforme - que se dejaban ver por el cuello y las manos - no parecían dejar hueco a la duda; era una persona con la que no se podía andar con bromas. Pero si tenía alguna debilidad, su talón de Aquiles, esa era la profesora Hildrun. Desde que entró a trabajar en la universidad no había podido evitar contemplarla cuando la encontraba por los pasillos, vestida con esa ropa oscura, con su pelo negro y las mechas moradas. No podía dejar de mirarla cuando aparecía por la puerta principal de la universidad en las mañanas, a la misma hora. Hildrun no daba la menor muestra de estar interesada y tampoco parecía darse cuenta, algo que Ernesto daba por hecho, ni por asomo creía estar a la altura de una profesora de universidad y menos de alguien a quien tenía por una diosa; eso le hacía mantener incluso más interés en ella. Y ahora, como si el cielo le ofreciera una oportunidad entre un millón, una de esas que se ponen delante, pero de las que no hay quien salga ileso, se tenía que enfrentar a ella y de qué manera, una que no hubiera podido imaginar ni en sus peores pesadillas.

- ¿No tenéis trapos en el cuarto de la limpieza de la entrada? – dijo Hildrun Müller interrumpiendo la pregunta y agachándose a recoger los trapos del suelo que Ernesto había dejado caer.

Los niños, que llegaban por detrás siguiendo a Hildrun, se mantuvieron en silencio, observando al enorme vigilante que cortaba el camino hacia los

laboratorios.

- Bueno..., vine aquí porque los trapos de la entrada se habían ... - dudó Ernesto por un instantes sin saber cómo contestar a Hildrun que acababa de desarmarle completamente.

- ¿Se habían qué? ... luego decimos que no tenemos materiales para los laboratorios, así os los lleváis a otras partes de la universidad! - contestó Hildrun.

- ¿Quiere que los deje? - dijo Ernesto sin saber que hacer.

- No, claro que no, llévatelos si los necesitas ya vendrán a reponerlos - dijo Hildrun mientras ponía el último trapo encima del montón que Ernesto ya tenía sobre una de sus manos y que mantenía en equilibrio.

- Con esto de las visitas está todo el mundo como loco por limpiar, ya sabe la directiva que han mandado, pero... - dijo Ernesto girándose para empujar la puerta del pequeño cuarto de la limpieza con su trasero - ..., siento tener que decírselo de nuevo, pero ... sabe que no debería estar aquí con ...

- ¡Ni tú tampoco deberías llevar los cascos mientras trabajas! ¿Me equivoco? - dijo Hildrun retándole con la mirada a una lucha en la que se sabía ganadora, ya fuera por el rango superior que lucía dentro de aquellas paredes o porque en realidad sí que le había visto observándola cada mañana.

Ernesto Klein no se atrevió a contestar, se dio media vuelta con cara de aceptación y se alejó por el pasillo de los laboratorios, tratando de mantener los trapos en equilibrio.

El ruido, casi inaudible, de la música que brotaba de sus cascos, se convirtió ahora en el único sonido que acompañaba la eterna salida del corpulento vigilante, hasta que finalmente abrió la puerta acristalada, al principio del pasillo - en la que se podía leer en letras grandes "IQ - Institut für Quantenoptic" (IQ - Instituto de Óptica Cuántica) -, saliendo así del pasillo de los laboratorios.

Por un instante estuvo estático, quieto en el mismo lugar donde Hildrun y los niños habían estado hacía tan solo unos instantes, y donde un pequeño cartel - situado en la parte derecha de la puerta acristalada -, advertía al visitante: "zutritt verboten, nur autorisiertes Personal" (Acceso restringido, solo personal autorizado).

Hildrun captó el mensaje, pero no dudó un instante en seguir con su

propósito alentando a los niños a continuar de nuevo su camino.

El murmullo volvió a llenar el pasillo de los laboratorios del Instituto de Óptica Cuántica.

7

- ¡No puede ser cierto! – pensó la profesora al darse cuenta de lo que acababa de suceder.

En ninguno de sus cálculos y previsiones hubiera anticipado esta vuelta de tuerca en la experimentación. Esto no era, ni mucho menos, lo que había previsto. La máquina debería haber servido de conexión, y no ella, como parecía estar sucediendo. Para nada esperaba caer en este estado de trance en el que pareció entrar aquella tarde, cuando volvía del colegio junto a su amiga Agnieska, pero de algún modo, que ahora no acertaba a comprender, había vuelto al lugar donde comenzó todo, al lugar en el que escuchó su voz por última vez.

Exactamente igual que sucedió aquel día, la profesora dejó de sentir su cuerpo y todo aquello que, tan solo hacía unos instantes, le rodeaba en la pequeña sala de experimentación. Todo estaba oscuro, pero podía notar el espacio, eterno, infinito, lleno de vida; algo que esta vez no era extraño para ella. Se sentía parte de un todo, partícipe de la realidad a su alrededor. Era una sensación de perfecta sincronización con la materia, con la energía que todo lo crea, con la vibración de todas las cosas, como si su mente y su cuerpo se hubieran alineado con el universo, con el maravilloso pulso de la vida. Y ahora ya solo le quedaba esperar a que comenzara el baile, ese al que ya fue invitada cuando era tan solo una niña y al que ahora accedía como el que se cuela a la fuerza en una fiesta de la que no tiene ticket de entrada.

8

- ¡Acercaos todos, un poco más! – dijo Hildrun sin levantar demasiado la voz mientras los pequeños terminaban de entrar al laboratorio principal de la universidad.

El murmullo, que había acompañado a los niños, se transformó en absoluto silencio. Habían llegado al lugar más importante y misterioso de toda la universidad: el laboratorio principal del Instituto de Óptica Cuántica, donde en este momento se desarrollaba un experimento crucial

para el futuro de la humanidad.

Desde la entrada al laboratorio, algo más elevada que el resto de la estancia, se podía observar con claridad el amplio espacio que se presentaba frente a ellos. Delante de los niños apareció un laboratorio con grandes y alargadas mesas, de patas finas, perfectamente alineadas en paralelo en el centro de aquel recinto rectangular. Unas banquetas de aluminio, con el asiento de madera las rodeaban; cinco por cada lado de las siete mesas que parecían ser la continuación de las siete salas de experimentación que estaban alineadas en la parte posterior del laboratorio y numeradas con números romanos plateados, como si fueran las habitaciones de un pequeño hotel de la ciencia. Las paredes estaban adornadas con enormes pizarras verdes, garabateadas con miles de fórmulas, cálculos, dibujos y patrones, que evocaban las fantasías de los libros de aventuras y de ciencia ficción. Y en la parte derecha del laboratorio, el dibujo de un cilindro hueco pero lleno de ingenios mecánicos y electrónicos, que daba cierto aire a una cápsula con la que explorar los últimos rincones del espacio y del tiempo, acaparó la atención de los niños y hasta de la misma profesora que, aunque ya lo había visto en muchas ocasiones, siempre se sorprendía ante la maravilla de aquel experimento.

Se notaba la presencia de los científicos en el ambiente: las mesas estaban revueltas, las banquetas retiradas de los puestos de trabajo, las gabardinas y chaquetas colgadas de los percheros y los taburetes. Había tazas de café y papeles con anotaciones por todos lados y algún ordenador, que esperaba paciente a que alguien volviera a introducir la contraseña para seguir con el trabajo que había estado realizando esa misma mañana. Un escenario que Hildrun ya había anticipado y que elevaba su nivel de adrenalina; los científicos estaban dentro de la sala de experimentación número tres completando el experimento que se desarrollaba en estos momentos e Hildrun tendría el tiempo justo para contar la historia del proyecto que se guardaba celosamente entre aquellos muros.

– Quiero que sepáis que vosotros seréis los únicos privilegiados, de entre todas las personas que hoy visitan la universidad, que tendrán la oportunidad de conocer la historia y los secretos de uno de los proyectos más importantes de los últimos tiempos y probablemente de la historia de la humanidad – dijo la profesora en voz baja, captando la atención de los pequeños mientras todos afirmaban en silencio, mirándola fijamente con los ojos abiertos como platos.

Hildrun nunca había visto a un grupo de niños tan callados y concentrados en algo, parecía un sueño hecho realidad. La magia de las historias, mezclada con la maravillosa y siempre alucinante indagación de la ciencia, era la mezcla perfecta, e Hildrun sabía que este era el momento de utilizarlo. Había llegado su momento, el de tener el control absoluto, y

ahora nada ni nadie podría detenerla.

- Lo llaman el "Proyecto Hannover" - dijo alargando el nombre para que los niños notaran la importancia en sus palabras - Queréis saber de qué trata, ¿verdad?

- ¡Siii...! - contestaron todos rompiendo el silencio en la enorme sala del laboratorio principal.

- ¡Ssshhhh...! Aquí debemos hablar en bajo. No hay que molestar a los científicos - dijo Hildrun casi susurrando ante una reacción que no había anticipado y mirando hacia las salas como si esperara que en cualquier momento apareciera alguien tras alguna de las puertas.

Hildrun hizo un gesto con sus manos para que los pequeños bajaran la voz. Y se tomó su tiempo mirando a cada uno de los niños, con esa mirada profunda y casi inquisidora que tanto le había ayudado en las discotecas cuando era más joven. Se acercó todo lo que pudo a ellos y en voz baja, como si realmente estuviera contando un secreto, comenzó con la historia.

Una historia que no olvidarían el resto de sus vidas.

9

La profesora seguía tranquila, a la espera, en aquella oscuridad que parecía fundirse con su alma, pendiente de lo que sabía que vendría a continuación.

La brillante luz comenzó a acercarse a lo lejos iluminando con sigilo un espacio bidimensional y lleno de vida. Como si fuera la lámpara de un viejo cine de barrio, que hubiera estado esperando la llegada del espectador para iluminar los patrones inertes, eternos e inmutables de los rollos de celuloide guardados en una sala de proyección infinita, volviendo a excitar los fotogramas para devolverlos a la vida tras una larga espera. Las imágenes comenzaron a brotar, con formas, colores, olores y hasta sabores que la profesora pudo percibir con intensidad, como si formaran parte de ella, como si todo fuera uno.

Estaba allí, de vuelta, observando de nuevo ese extraño lugar que parecía contener los patrones del universo, de toda existencia o quizás, simplemente, reviviendo las experiencias de un cerebro moribundo antes de cruzar el camino hacia la muerte, aunque esa posibilidad no estaba en sus cálculos y muchos menos en sus planes. Debía encontrar la manera de probar que aquello era algo más que unos simples recuerdos en su mente, algo más que una simple obsesión que la había acompañado durante toda

su vida y sabía que no tendría mucho tiempo para conseguirlo.

Entre aquella maraña de figuraciones, vio a su madre, tan joven, sentada en el porche de la casa de campo en la que vivió cuando era pequeña. Pudo oler, con toda nitidez, la frescura de la ropa recién lavada, colgada de la cuerda que cruzaba los dos pilares de madera de roble. Sintió la lozana brisa de la mañana en su rostro, dirigiendo la danza de las prendas y de las marchitas hojas que ya cedían ante la llegada del otoño. Escuchó el sonido del hacha, entre el cantar de los pájaros, las últimas chicharras del verano y el repicar lejano de la campana de la iglesia del pueblo; y pudo apreciar hasta los sabores del agua fresca de la fuente y del pan recién hecho de la vieja tahona del pueblo.

Y, nadando entre aquel mar de realidades, comenzó a buscarle desesperadamente; tras el sonido del hacha que cortaba aquellos leños que calentarían la casa y el agua de la bañera, detrás de las sábanas blancas tendidas en el patio y que ondeaban con el viento, cerca de la alberca que ahora permanecía medio seca después de haber regado la huerta de tomates, verduras y patatas hasta finales de verano. Le buscó entre aquellos repentinos recuerdos que la llevaron de vuelta a un pasado que jamás debió truncarse de aquella manera, un pasado que incluso parecía presentarse diferente a como lo recordaba, pero, al fin y al cabo, un pasado lleno de momentos por vivir junto a un padre que se fue demasiado pronto.

- ¿Dónde estás? – pensó mientras se dejaba llevar por aquella corriente de vida que volvía a tener el privilegio de poder gozar.

10

- ¡Está a punto de suceder algo que recordareis para siempre! – dijo Hildrun mirando fijamente a los niños que esperaban con entusiasmo a que comenzara la gran historia.

Hildrun miró lentamente hacia ambos lados, buscando el misterio, la sorpresa y, sobre todo, la atención de los pequeños que esperaban pacientemente. Una vez que estuvo segura de que nadie podía escucharlos - o eso quiso aparentar -, se puso de cuclillas, para que su voz quedara dentro del corro que ahora formaba junto a los pequeños, y casi susurrando les hizo una simple pero efectiva pregunta; la misma táctica que utilizaba en las clases cuando quería captar la atención de los alumnos más despistados.

- Entonces, ¿estáis seguros de que queréis saber qué oculta el misterioso experimento que se está llevando a cabo en este laboratorio? – dijo

Hildrun repitiendo la pregunta para captar más su atención.

- ¡Sí!... isí!... – contestaron todos también en voz baja.

Hildrun repitió la pausa, mirando de nuevo hacia ambos lados.

- En aquella sala... – dijo Hildrun señalando con el dedo hacia la puerta con un tres plateado grabado en números romanos – ... se está llevando a cabo un experimento que puede cambiar nuestro mundo. Un experimento que podría abrir la puerta a otros mundos. ¿Habéis visto alguna vez una película de otros universos?

- ¡Sí! – contestaron algunos.

El más espabilado de la clase, el que siempre estaba atento para hacer preguntas que solo él era capaz de inventar, saltó como un resorte, como si estuviera escuchando a su profesora en plena clase de ciencias sociales; a la que traía por la calle de la amargura.

- ¡En esas películas siempre vienen a destruir la tierra! – susurró el niño alertando al resto del grupo.

- ¡No, no! A ver, no es exactamente igual que en las películas. No hay de qué preocuparse, esas cosas no pasan en la vida real – dijo Hildrun tratando de calmar a los pequeños que parecían haber cambiado el gesto de repente – Es solamente un experimento y no hay nada que temer, ¿vale? Aunque... - volvió a decir acercándose a los niños y niñas, mientras miraba a su alrededor y retomaba así el juego anterior – ...se cree que estamos muy cerca de captar señales, ... voces y quien sabe, quizás hasta de contactar con otros seres. Pero eso todavía es un secreto que no podéis decir a nadie, ¿de acuerdo? – dijo apoyando su dedo índice en la punta de su nariz y dividiendo así sus labios.

Los pequeños asintieron en silencio, boquiabiertos ante las palabras de Hildrun y ante la responsabilidad que parecía estar depositando sobre sus hombros. Hildrun comenzó a gustarse, por su inesperada capacidad de controlar a aquellos mequetrefes que, de otro modo, podrían haberle puesto los nervios de punta durante la visita y no pudo evitar mostrar una leve sonrisa en su rostro mientras retenía el momento, haciendo una larga y enigmática pausa; dejando así que el silencio llenara de misterio los últimos instantes antes de comenzar con la historia.

- ¿Y cómo van a contactar con otros mundos, por teléfono? – preguntó Ula rompiendo la magia de una pausa, que quizás había durado demasiado.

- ¡No! Cómo va a ser... - contestó Hildrun sin saber qué decir de nuevo y

soltando una carcajada, que le salió del alma.

Los niños se volvieron hacia la pequeña y una risa contenida llenó el laboratorio. Ula comenzó a sonrojarse y las luces, de sus inquietas zapatillas, se detuvieron con ella.

- ¡A ver! Es... bueno...como decirlo... un poquito más complicado, pero no te preocupes que haces bien en preguntar – dijo Hildrun conteniendo la sonrisa y tratando de evitar el mal momento a la pequeña.

Ula se apartó hacia atrás, mientras el resto de los niños volvían la mirada hacia Hildrun, formando de nuevo el círculo a su alrededor.

-Os contaré la historia desde el principio para que lo entendáis mejor – dijo Hildrun - Hace ya unos cuantos años, cuando todavía erais muy pequeños, unos científicos, de esta y otras universidades, construyeron una enorme máquina a la que llamaron GEO600. Muy cerca de aquí, al sur de la ciudad, montaron unos enormes tubos, muy largos y rectos, por los que hicieron pasar un rayo de luz. ¡Si eso es! Tal como lo escucháis, un perfecto rayo de luz que llegaba hasta unos espejos y que daba media vuelta llegando al lugar desde donde había partido. Y seguro que os preguntareis: ¿y para qué hicieron eso? – se adelantó Hildrun para evitar que alguno de los pequeños volviera a interrumpir el relato - Pues bien, lo hicieron para detectar las “Ondas Gravitacionales del Espacio”. Ese nombre os sonará muy raro ¿verdad? Pero, en realidad, es parecido a las ondas en el agua cuando tiramos una piedra; lo único que son en el espacio – dijo sonriendo y señalando el aire a su alrededor - Y todo ese enorme esfuerzo de muchos años se hizo para poder demostrar las teorías de uno de los más brillantes científicos de todos los tiempos: Albert Einstein, ¿sabéis quien fue este científico?

Los niños ni tan siquiera contestaron.

- ¡No importa!, Seguro que en unos años recordareis ese nombre. Lo más importante de todo es que pasó algo inesperado... ¿Os imagináis que pudo ser? – dijo esperando la respuesta de los niños que esta vez negaron casi a la vez con un simple movimiento de sus cabezas - Pasó algo que nadie hubiera imaginado, algo que sorprendió a todos los científicos, algo que cambió los planes que se estaban llevando a cabo... – dijo Hildrun haciendo de nuevo una pequeña pausa para mantener la tensión de un momento que ahora parecía estar controlando de nuevo, como si fuera una maestra del suspense.

Ula, que hacía rato que había perdido la atención sobre la explicación, ya miraba de reojo hacia el solitario pasillo de los laboratorios.

11

Entre aquellos miles de recuerdos la profesora pudo ver la furgoneta con el emblema de la compañía minera, y con el abollón oxidado en la parte delantera derecha, ese que su madre consiguió hacer en una de las primeras veces que salió con ella para practicar. Nunca olvidaría esa pickup color mostaza, con la marca "T A R P A N" en letras grandes en el frontal y aquellos faros redondos que parecían dos ojos, una a cada lado del radiador, formando un perfecto rectángulo en aquel cuadrículado y pesado vehículo de otra época. Su madre lo estampó contra una de las piedras que separaban el camino de entrada a la parcela del terreno de los Wozniak.

Lo recordaba perfectamente. Ese día iban las dos, su madre y ella, volviendo del colegio, sin el cinturón de seguridad puesto; algo que no se estilaba en aquella época. Todavía se acordaba del suave tacto del único y alargado asiento, de color negro, acolchado y con esos muelles que amortiguaban los baches del camino. Y qué decir de ese enorme volante, que al lado de su madre parecía una rueda moscovita. Y la radio, que casi nunca captaba bien la señal de las pocas emisoras que llegaban a aquella zona alejada del pueblo; de ahí la pequeña colección de cintas de algunos cantantes famosos de la época en la guantera y que todavía recordaba perfectamente. Cada verso, cada letra.

Ese día estaban casi llegando a casa, y quizás por eso su madre se sentía más relajada al volante, cuando un guijarro en el camino hizo que la dirección girara bruscamente. No fue capaz de contener el latigazo y la camioneta terminó chocando con la enorme piedra que hacía las veces de valla. Su madre, al menos, consiguió aferrarse al enorme volante, pero ella, salió despedida siguiendo la dirección original de la marcha y si no hubiera sido por la pesada mochila del colegio – llena de libros que tenía que estar llevando y trayendo todos los días – hubiera terminado con sus huesos en medio del camino; se quedó encajada, en el hueco que dejaba abrir aquellas ventanillas dobles – tenían una parte fija y otra móvil -, y con medio cuerpo colgando por fuera del vehículo.

- ¡Para habernos matado! – pensó recordando la voz de su madre después de ver como la piedra había dejado una gran hendidura en el frontal del vehículo, dañando uno de sus faros y golpeando parte del radiador.

Su padre, que ese día libraba, llegó corriendo al escuchar el golpe. Estuvo tranquilo, con la misma sonrisa de siempre, dando gracias a Dios por habernos sacado sanas y salvas de aquel incidente, pero sin mencionar en ningún momento nada que tuviera que ver con el desastre que su madre había ocasionado. Al día siguiente se pasó horas arreglando el radiador y dando unos sonoros martillazos con los que intentaba devolver a su

estado normal la chapa, aunque ya nunca volvió a ser la misma. Ahora tenía una marca, una de esas que nos hacían recordar el incidente y nos hacía reír a las dos nada más verla.

Así era como quería recordarle, siempre correcto, siempre tranquilo, siempre transmitiendo serenidad ante cualquier problema que la vida quisiera ponerle por delante. Tenía que encontrarle, tenía que volver a verle, para decirle todo lo que le había echado de menos. Nada en el mundo debería haberle privado de vivir con su niña, de verla crecer y verla convertirse en lo que era: una gran científica a punto de conseguir uno de los descubrimientos más importantes de todos los tiempos, pero sobre todo y en el fondo, una niña con unas ganas infinitas de volver a estar con su padre.

El proyecto, los estudios de física, su firme obsesión desde que descubrió las teorías cuánticas y su impasible firmeza a la hora de presentar el proyecto ante la comisión, para obtener el presupuesto necesario. Todo por ese único sueño que asfixiaba cualquier atisbo de perder su tiempo en algo distinto, todo por un único objetivo: volver a escucharle, aunque solo fuera por un instante. Igual que hacía cuando la llamaba desde el jardín, al llegar a casa después de un duro día de trabajo, con esa sonrisa infinita que no perdió en ningún momento, y que parecía más blanca por el polvo del carbón que ennegrecía su cara y perfilaba sus ojos, esas manos ásperas que a ella le parecían las más dulces y suaves del mundo y ese olor a mina cuando la abrazaba, algo que nunca había podido olvidar y que necesitaba como el agua para poder vivir.

Habían sido muchas veces las que había pensado que quizás, y sólo quizás, si todo hubiera sido distinto, si él hubiera estado a su lado, si no hubiera cambiado su turno por aquel maldito día, quizás ella nunca hubiera llegado donde ahora se encontraba. Y es que todas las decisiones que había tomado, toda la energía que había sacado en los momentos difíciles, todo el sufrimiento que había ahogado tragando saliva seca, habían estado motivadas por ese momento en el que perdió la conciencia y que cambió para siempre su forma de ver el mundo, regalándole un propósito en la vida. Lo hubiera cambiado todo, sin excepciones, cualquier ambición intelectual o material, todo por recuperar aquel tiempo perdido, por vivir una vida junto a él, por disfrutar del amor de su padre.

Pero esa era una historia que probablemente hubiera sido muy distinta...